

## Una necesidad

La cuestión del posible reconocimiento del Estado de Israel por España es probablemente el planteamiento más claro y más nuevo que en política exterior se ha visto desde el cambio de Gobierno que siguió a las elecciones del mes de octubre.

Ya con ocasión de que el presidente del Gobierno español, Felipe González, apuntara el tema en unas declaraciones a los medios de radiodifusión de Marruecos expusimos en esta columna una impresión favorable a que se prosiguiera por este camino. Hoy queremos volver sobre el asunto. La pregunta que queremos dejar planteada es sencilla: ¿qué hemos sacado de no haber reconocido el Estado de Israel?

España, durante el régimen del general Franco, sólo muy poco a poco logró levantar el cerco mundial que siguió a la guerra. Pasaron más de diez años hasta que la firma de un acuerdo militar con los Estados Unidos y la de un Concordato con la Santa Sede significaran puentes de cierta solidez en una situación de aislamiento. La tradicional amistad con los países hermanos de Hispanoamérica, el progresivo acercamiento al mundo occidental que es el nuestro y las buenas relaciones con los países árabes acabaron por darnos carta de ciudadanía en el concierto de las naciones y, cuando fue necesario, votos en la Organización de las Naciones Unidas.

En esa suma de apoyos la de los pueblos árabes se tuvo durante tiempo como algo de mítica solidez, reforzado por la tradición africanista, como militar, del entonces jefe del Estado. En ese contexto, no reconocer a Israel parecía una partida de menor cuantía sobradamente contrapesada por el apoyo árabe. Pero, con la perspectiva del tiempo y los poderosos reflejos de la actualidad, hay razones para preguntarse si España ha salido ganando algo.

Cuando hemos tenido que tratar con un país árabe, lo hemos hecho individualmente, lo mismo que con cualquier otro país del mundo. El Islam no ha significado apoyo global ninguno. Ni en la crisis del petróleo se vio que pudiera favorecernos el largo credencial de nuestro alineamiento con muchas de las más exigentes posiciones de las naciones árabes, comprendida la hostilidad a Israel y el no reconocimiento de su Estado.

Tuvimos que abandonar el Sahara, tras el episodio de la marcha verde, cuando nuestro vecino marroquí aprovechó la agonía del general. Ahora mismo el vicepresidente del Gobierno ha visitado Argelia, el presidente Marruecos y no se tiene noticia de trato especial, y menos de favor. Los pesqueros vienen siendo apresados, los acuerdos no se consiguen, y menos con facilidad, y la reclamación marroquí a las plazas de soberanía española, Ceuta y Melilla, sigue produciéndose periódicamente.

Ya en los últimos tiempos del régimen anterior se establecieron relaciones con Moscú, con Pekín y con diversos países del Este. Las discrepancias ideológicas no contaban, como es costumbre que no cuenten a la hora de mantener relaciones diplomáticas. Israel, por otra parte, nació y se afianzó gracias precisamente al apoyo de las grandes potencias occidentales, de los Estados Unidos a la Gran Bretaña, y ha contado con ayudas cuantiosas de la misma Alemania Federal, entre la amistad y el desagravio por el genocidio nazi. Israel ha sido el aliado más decidido de Occidente en el Próximo Oriente, y el más duradero. También es verdad que se trata de un aliado incómodo y exigente, duro en los planteamientos, pero también eficaz en las realizaciones. Si con alguna potencia ha tenido y tiene conflictos sordos es con la Unión Soviética.

La experiencia no ha mostrado, por lo demás, que no tener relaciones con Israel fuera condición para mantenerlas y acrecentarlas con los países árabes. Incluso los Estados Unidos, valedor máximo de Israel, ha sabido atraerse a Egipto, el tradicional adversario militar de los judíos antes de los acuerdos de Camp David. Y no digamos de las buenas relaciones —de protección, en último término— que ha venido sosteniendo con el reino de Marruecos. Si ahora avanzamos en el camino de reconocer el Estado de Israel no haremos ni más ni menos que otros. Tan sólo lo haremos más tarde. Y después de no haber mostrado, por lo demás, los países árabes el respeto operativo que podía teóricamente merecerles una postura tan incondicional por nuestra parte.

Todo ello viene a añadirse ahora que el principal partido de la oposición en Israel, el laborista, pertenece a la misma Internacional Socialista que el partido que hoy gobierna en España. A las razones históricas —si España expulsó hace siglos a los judíos, también expulsó a los moros, y en definitiva el exilio sefardí ha conservado aún mejor que el otro la nostalgia de un pasado que siente común— se añaden pues ahora las políticas, en lo que la afinidad de los políticos pueda favorecer el entendimiento entre los pueblos. «Creo que las condiciones para el establecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos países están dadas», ha declarado en Madrid el líder de la oposición israelí, Shimon Peres.

Es nuestro propósito mantener y reforzar los lazos de amistad y cooperación con los pueblos árabes. Pero como lo hacen los demás países europeos, sin sacrificios inútiles ni complejos de debilidad. El reconocimiento del Estado de Israel aparece ahora como el corolario de las premisas que la experiencia de los años nos ha ayudado a sentar. Es lógico que tengamos con Israel una relación más parecida a la que tienen los países occidentales que los del Este comunista. Es lógico que no tengamos que ser una excepción tampoco en la posibilidad de mantener al mismo tiempo relaciones diplomáticas con Israel y con los países árabes.

Al parecer, Baltasar Porcel ha tirado de la manta, y se ha producido una pequeña —e interesada— marea de comentarios acerca del particular. La versión original de la novela «Bearn», de Llorenç Villalonga, sería en castellano y no en catalán. Personalmente, yo nunca tuve ninguna duda al respecto. Y no sólo porque la primera edición del libro —y su primera redacción— se publicasen, efectivamente, en castellano. La gente de mi edad, en provincias, solíamos leer «El Español» de don Juan Aparicio, y no se nos pasó por alto, en su día, la «Autobiografía» del otro Villalonga, el hermano militar y catalanófobo. Con el precedente sarcástico de «Mort de dama», y con lo que ocurría por aquellos años en la España de Franco, una «conversión lingüística de Llorenç Villalonga, habría resultado inexplicable. Y no hay «conversiones» —ni lingüísticas ni de las otras— instantáneas. Lo que cuentan de san Pablo y el camino de Damasco no pasa de ser «historia sagrada», y es preferible dejarlo de lado. No, en efecto. Los Villalonga, ni siquiera Llorenç, no «encajaban» por entonces en la perspectiva de escribir en catalán.

Lo curioso, sin embargo, es lo acontecido con aquel «Bearn» en castellano: el escaso número de ventas y la total indiferencia de la crítica contemporánea. Confiésese desconocer el primer texto, y no sabría afirmar ahora si es idéntico a su homólogo catalán, ni si, al trasladarlo el autor a su vernáculo, introdujo pocas o muchas modificaciones que lo mejoraran o no. Nadie negará que «Bearn» es una buena novela. ¿Por qué, pues, la acogida, o la no acogida, realmente despectiva, que tuvo? «Miss Giacomini» y alguna otra narración de Miguel Villalonga —no recuerdo si se titulaba «El tonto indiscreto»— quizá tampoco se ganaron gran cantidad de compradores, pero sí fueron considerablemente «aireadas», y con elogios quizá desproporcionados, por los comentaristas del momento. Son, las de Miguel, unas novelas divertidas, enteramente «villalonguescas» —proceden de la misma cantera temática—, aunque no mejores que «Bearn», ni mucho menos. Y repito: lo que intriga, a estas alturas, y recapitulando el episodio, es el fracaso absoluto del relato de Llorenç.

Y me resisto a creer que «nuestro» Villalonga se decidiese a incorporarse al catalán por despecho de su fracaso en castellano. Le traté poco: un par de visitas, si no recuerdo mal, y una docena de cartas —en catalán, por supuesto— no significan nada. Pero saqué la conclusión, desde el primer día, que el salto del castellano al catalán no lo había dado Llorenç Villalonga por resentimiento. Ni por la esperanza de obtener más beneficios en concepto de derechos de autor: el mercado catalán, hoy todavía modesto, en aquellos días era una mera fantasmagoría voluntarista. Ni siquiera alcanzó a imaginarme que lo hizo porque esperase de la prensa y de los cenáculos marginales unos elogios desaforados, fatalmente reducidos los impresos y reticentes los orales. Me temo que en los círculos literarios del Principado, donde apenas nadie tenía una idea clara —más bien «turbia»— del individuo, las expectativas de un Villalonga en catalán no suscitaron, de entrada, grandes entusiasmos. No los podía suscitar, por lo menos. Tuvo que mediar alguna otra «razón». Porcel, amigo de Villalonga, tal vez pueda dar alguna información esclarecedora. El «Dhey» de «Mort de dama» no pasa a ser el Villalonga del «Bearn» catalanizado de la noche a la mañana.

Sospecho que la anécdota es espesa y contradictoria. Los dos Villalonga se burlaron despiadadamente, y quizá merecidamente, de la acumulación retórica local en catalán, con sus almendros floridos, su Aina Cohen (y ya es sugerente el antisemi-

tismo que comporta la caricatura de este personaje), sus clérigos, su herencia clasicista. No dudo que compartieran, ambos hermanos, la opinión general sobre la literatura catalana que Miguel expone en su «Autobiografía». Miguel Villalonga se veía obligado, a regañadientes, e irritado, a reconocer la excelencia de unas páginas en prosa de Salvador Espriu. Su rabia patriótico-castrense no daba más de sí. Llorenç, sin tales prejuicios, probablemente tuvo la oportunidad de «reconsiderar» unas cuantas cosas básicas, sobre todo cuando, a la larga, se le desinfló el esnobismo juvenil y se arrepintió de las estupideces falangistas que asumió durante la guerra de España y los años siguientes. Por otra parte, a diferencia de su hermano, Llorenç Villalonga da la impresión de haber sido, no sólo más «afrancesado» —que lo fue—, sino también menos sensible a las fascinaciones madrileñas, precisamente por ese afrancesamiento. No sé hasta qué punto el ejemplo magnífico e inflexible de su amigo Espriu pudo contribuir a su maduración.

El caso es que, cuando alguien le tentó a reescribir «Bearn» en catalán, Llorenç Villalonga lo hizo. En catalán, el libro encontró lectores y alabanzas. Y «Bearn», remozada, pasó a ser una novela catalana. Baltasar Porcel sabe tan bien como yo que, los forzadamente bilingües, hacemos «travases» idiomáticos con nuestros papeles, cada cual por sus motivos. Nunca he creído que por ello hayamos de «justificarnos» ante un eventual «purista». «Más cornás da el hambre», decía el torero. Y el purista quisquilloso, en general —habrá excelsas excepciones—, nunca ha tenido inconveniente en recurrir al castellano para redactar una instancia al Registro de la Propiedad, para publicar un anuncio de sus manufacturas o para dar clases en un colegio de pago. Dejemos esto. Pero Villalonga, como Porcel, y como yo, si alguien nos llega a recordar dentro de cincuenta años, y ya es mucho, será en tanto que «escritores catalanes», y sólo como eso.

Que Villalonga, después de «Bearn», ya escribió sistemáticamente en catalán, y se veía a sí mismo como escritor catalán, no creo que pueda discutirse. Y lo de menos es que, para atender a la nueva —inesperada— clientela atenta «rehiciese» algún otro manuscrito inicialmente salido en castellano de su pluma «preconversa». Esto ya son detalles para futuras tesis doctorales. Y Dios quiera que no los tergiversen. Otro problema es el de cómo las cuartillas de Llorenç Villalonga llegaban a la imprenta: los filtros gramaticales, ideológicos o sencillamente literarios por los que tuvieron que pasar. Una vez me comenté cáusticamente que su editor le había trastocado el oficio de uno de sus personajes, y de cura lo convirtió en guardia civil. O algo semejante. Que ello sea cierto o no —insisto— las tesis doctorales se encargarán de precisar, y, si algún heredero ha conservado su correspondencia, habrá documentos al canto. Estas cosas, además de que acaban por saberse, y que revelarán ciertos mecanismos escondidos de nuestra literatura —pensemos en el embrollo Maragall-Prat de la Riba que exhumó Josep Benet—, encantarán a los estudiosos de pasado mañana.

En todo caso, y dadas las circunstancias, si el «Bearn» primitivo fue repudiado en castellano, y su autor lo remanipuló para ofrecerlo en catalán, la novela será, en última instancia, una novela catalana. Y no hay que darle vueltas. Malas lenguas, secretas, aseguran que una parte de la obra del paralítico Miguel la escribió Llorenç. Puede que sí y puede que no: «ai posteri l'ardua sentença». Son tiquismiquis provincianos de un interés muy relativo. En

realidad, el problema de los Villalonga —estrictamente insular— es el de Miguel, especie de verruga incómoda y fea, a pesar de los esfuerzos de Juan Aparicio, «El Español», su «Estafeta literaria» y todo lo demás, siempre quedará «descentrado» en los manuales de historia de la literatura española; en el caso de que tenga cabida en ellos. Como le habría pasado al «Dhey» castellano. Y como le pasa a don Joan Maragall, que, en volumen, escribió más en castellano que en catalán —igual que Porcel, igual que yo, «ajmé!» (o «hélas!»; si ustedes lo prefieren), y hasta diría que mi admirado y querido Josep Pla—: que ese no sea el «drama», pues drama es, de Calders, de Espriu, de Pedroló o de Triadó, es otra cuestión. Porcel y yo —y más— somos bilingües, ¿y qué?

Como no importa que lo fuese Llorenç Villalonga. Villalonga, al final, fue tan monolingüe catalán como el que más. Y contra esta evidencia, ni Baltasar Porcel ni nadie podrá levantar la voz, me parece. Supongo que Villalonga escribía un catalán que el doctor Aramon i Serra, secretario perpetuo («ai!»; y no digo «ajmé!» ni «hélas!»: en todo caso, «ai las!» del Institut d'Estudis Catalans, calificaría de deficiente. Yo, que soy el último aramonista que le queda al señor Aramon, estoy de acuerdo. Pero el catalán de Llorenç Villalonga era un buen catalán, dentro de lo que cabe: yo, como periférico, considero que el catalán insular de Villalonga es excelente, y ya lo querría para mí. Quizá «Dhey», cuando jugaba al golf, o tomaba un coctel con turistas y «botifarres», y escribía para revistas suntuariamente provinciales, descubrió que su castellano era infame. No sé si Baltasar Porcel será capaz de calificarlo: el castellano hablado por Porcel es hórrido; un poco más que el mío, que ya es decir. El señor Villalonga ¿descubrió un día que era un tipo «ridículo» si no volvía al mallorquín, a su catalán...? No sé. Son cosas a discutir. Y no seré yo quien lo discuta. Me parece que perdemos el tiempo en bobadas. ¿Son galgos o podencos?

Y dentro de cien años, o menos, todos calvos: puras calaveras, Porcel y yo; Castellet y Molas, y los del «Mall» y los de los «Quaderns Crema», y la confitería falsamente vanguardista de Sarrià, y «Dau al set» ya vejeterosamente disperso, y... El doctor Molas acaba de fabricar un magnífico libro sobre el vanguardismo catalán, incluyendo los territorios adyacentes. ¡Oh, no, Dios mío! ¿Cómo, hoy, en el bolgrafo estreñido del doctor Molas, podría escribirse «Països Catalans»? Ni pensar. Pone «terres catalanes», o algo así, y se queda tan pancho. La estupidez es contagiosa. Y si el doctor Molas se dedica a cultivar la tontería más primaria, y Baltasar Porcel tiende a una boba autodefensa de su bilingüismo a través de Llorenç Villalonga, y lo que finalmente salta a la vista es que «quien esté libre de pecado que lance la primera piedra», el saldo será lo que ha de ser: una situación cultural ambigua, con una lengua interferida. Y lo absurdo es que a esa lengua nos hemos aplicado todos: Llorenç Villalonga, y Castellet, y Porcel, y Molas, y el doctor Aramon, y el nunca surrealista Foix, y Brossa, y Andrés Estellés, y Martí Pol, y desde luego, Espriu, y Pere Quart, y Pedroló, y Calders, y la Maria Aurèlia Capmany, y la Montserrat Roig, y lo que venga, que vendrá. Cuando el señor Cruzet había publicado cinco o seis volúmenes de «Obres completes», en la serie insignie, Joan Estelrich ejerciendo el pirotécnico como siempre, lanzó esta frase: «¿Y esto qué es? ¡Una literatura!». Y es lo que es. Una determinada literatura a la cual se sumó Llorenç Villalonga.

Joan FUSTER

## Así se habla, señor Casaus

Señor Director: Soy suscriptor de «La Vanguardia» y socio del Fútbol Club Barcelona desde hace más de cuarenta años («ahí es na!», como dirían los castizos), en alguna ocasión ha tenido la delicadeza de publicarme en el diario de su digna dirección alguna carta, que con más buena fe que periodística, he rogado la incluyera en la simpática sección de «Cartas de los lectores». Permítame a través de ella, felicitar a don Nicolás Casaus de la Fuente por la respuesta que ha dado a don Manuel Ibáñez Escofet, en el artículo «Punto de vista» del día 25/3/83.

Sin querer pretender aclarar su contenido, desearía que don Nicolás Casaus pudiese sentarse frente a frente, con don Manuel Ibáñez, en un coloquio, para demostrar ante los españoles que muchas situaciones violentas entre clubs, son consecuencia de errores cometidos por aquellos a quienes concierne llevar paz y no discordia en

## Cartas de los lectores

La Vanguardia agradece las cartas de sus lectores y tiene también en cuenta las que no aparecen publicadas. Escogemos con preferencia para su inserción—Integra o condensada, según el espacio disponible y el interés del tema—las cartas breves, de no más de veinticinco líneas a máquina, escritas a doble espacio y por una cara. Todas deben poder aparecer firmadas con nombre y apellidos. No publicaremos cartas con seudónimo o iniciales. Recordamos a nuestros comunicantes que debemos tener constancia de sus señas completas—preferible con teléfono—y que no nos es posible mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas respecto a las cartas no publicadas.

sus quehaceres profesionales.

Podría dirigir mi felicitación directamente al amigo y consocio señor Casaus, pero creo que ésta, tendrá más eco si la hago a través de «La Vanguardia».

Afectuosamente, el socio número 13.420 del Fútbol Club Barcelona y suscriptor número 123.065-140.

Miguel ALVARO

N. de la R.: El señor Casaus y el señor Ibáñez Escofet —que también es socio del Barça— ya se han puesto de acuerdo para el diálogo, que se publicará en «La Vanguardia».

## Tráfico y tercera edad

Señor Director: Como conductor de edad su-

perior a 70 años, con un historial que puede ser mucho más favorable que el de muchos poseedores de carnet cuya validez es de 10 años, me considero discriminado por las condiciones que anualmente se me exigen para la renovación del carnet de conducir. De hecho se nos aplica un castigo en razón a la edad, castigo moral y material, cuando es manifiesto que en muchas ocasiones las autoridades en el Gobierno han dicho ser respetuosas y propicias a la ayuda de esta sociedad de la tercera edad.

Pero lo cierto es, que una cosa es lo que se dice y otra muy distinta lo que se hace.

Me siento plenamente identificado con don César Mora a quien expreso mi admiración y

respeto. Especialmente por su artículo del 20 de marzo.

Juan VERT (Terrassa)

## La palabra, don de Dios

Señor Director: Habiendo oído por un medio de comunicación la expresión «La palabra, conquista del hombre», me ha parecido necesario rectificar este malentendido públicamente.

En la parte más alta del paseo de San Juan hay un monumento a Ponce de León, que contribuyó a que los sordomudos tuvieran su lenguaje.

Braille consiguió que los ciegos pudiesen comprender el lenguaje escrito.

En ambos casos puede hablarse de una conquista del hombre.

Pero cuando un niño, de un modo natural, aprende a hablar de su madre, no se puede decir otra cosa de que disfruta de un don que Dios le ha concedido y resulta grandilocuente calificar este hecho de conquista del hombre.

Luis ALOMAR